

ned en cuenta que si por algo se descubre que habeis hecho traicion á vuestros capitanes, yo, el rey, me torno á vos y os mando ahorcar.

—Callaré, callaré, señor.

—Idos.

Alfon Gil salió.

El rey volvió á reclinarse en los alfares.

En aquel momento apareció en la puerta de la tienda un monje negro.

Al ver al rey, retrocedió.

—Entrad, entrad, conde don Lope Diaz de Haro, dijo el rey; ya sabemos que no sois un alma en pena.

CAPITULO XVI.

EN QUE EL CONDE DON LOPE DEJA DE SER PARA EL REY UN ALMA EN PENA.

I.

—¿Qué es esto? dijo don Lope con acento severo y adelantando lentamente hácia el rey.

—Esto es, dijo el rey en voz baja y contenida, que la buena doña María de Granada y de Molina no ha querido tener secretos para mí.

—En buen hora, dijo el conde: doña María es prudente y debe haber tenido razon bastante para esta revelacion; pero yo hubiera querido que siempre me hubiera juzgado vuestra señoría un alma en pena; se teme mucho á una voz que se cree salida de la eternidad.

—Nada temais, mi buen tio, dijo el rey; y os llamo tio, y bueno, porque creo que no habeis mentido en lo que me dijísteis como alma en pena allá abajo entre los árboles: que os pesaba en el alma de vuestras antiguas traiciones.

—Nunca alentara yo la soberbia y la ambicion, y otra seria

la suerte de estos reinos, y otra la herencia que hubiérais recibido, señor; porque á veces, la lealtad de un poderoso inclina la balanza de la suerte en favor del rey y del reino: pero la soberbia es un mal pecado, y la ambicion una embriaguez que acaba por causar la locura: el horror ha sido conmigo, señor; me he arrepentido, y hé aquí que os rindo pleito homenaje y os juro una lealtad sin límites, como la juraria al señor rey vuestro padre si viviese.

Y el conde se echó atrás el capuz del hábito, se acercó al rey, se arrodilló y le besó la mano.

II.

—Mal os trataron los ballesteros de mi padre en Alfaro, dijo el rey, al ver las profundas cicatrices que el conde tenia en la cabeza.

—Justicia hizo en mí, aunque violenta, el señor rey vuestro padre, dijo el conde: pero, no podia ser de otro modo; yo levanté la aleve y sacrílega mano, armada del cuchillo, sobre mi rey y mi señor natural, y si vos, su hijo, me mandárais matar por aquello, justicia haríais.

—Alzad, tio don Lope, alzad, dijo el rey: por muerto os doy y no os mato: además, para mataros tendria necesidad de decir que sois vivo, y faltaria á mi juramento de guardar el secreto de vuestra existencia: un rey no debe faltar á lo que jura.

—Si el perjurio es miserable en un hombre cualquiera, es imperdonable en un rey: Dios no puede perdonar ni ayudar á un rey perjuro: pero sin faltar á vuestro juramento, podeis decirme:—Morid, y yo mismo me daré la muerte.

—Creo bien que mi padre al veros convertido os perdonara, y yo os perdoné en nombre de mi padre.

—¡Oh! ¡Dios os lo pague, señor!

—Pero decidme, conde: ¿por qué guardar el secreto de vuestra existencia? Si volviérais á la vida lo sentiria mucho vuestro

hermano don Diego, porque al fin se quedaria sin el Señorío de Vizcaya; pero se alegraria mucho vuestra esposa, la buena doña Juana Alfonso de Molina, mi tia, que ha dado pruebas de amaros tanto, que á poco mas mi padre la envia á acompañaros: bien es verdad, que desde que sacrificó á vuestro hijo, empeñándole en vuestra venganza, y desde que vuestro hermano don Diego obligó á mi madre á que le diese el Señorío de Vizcaya, que mi padre os quitó, vuestra esposa se ha puesto de nuestro lado, y nos sirve bien.... no sirviéndonos mal; cierto es que no puede hacernos daño, pero hay que agradecerla que no murmura de nosotros, y que visita á mi madre y que reza con ella.

III.

El rey hablaba con una mal encubierta ironía, lo que probaba que no habia perdonado muy de corazon, á aquel viejo traidor arrepentido.

Y en efecto, por grande que fuese el arrepentimiento del conde don Lope, Fernando IV no podia mirar muy bien á un hombre que de tal manera habia esclavizado en los tiempos de su tiránica privanza á su padre, y que habia acabado por levantar contra él la mano alevosa.

El conde guardó silencio y permaneció con la cabeza inclinada.

Era la mayor prueba que podia dar de su completo cambio de carácter, de su humildad, en una palabra, de su completo arrepentimiento.

—¡Qué! dijo el rey: ¿nada me decís acerca de vuestra vuelta á la vida para todo el mundo?

—Yo morí en Alfaro, contestó el conde, y vuestra señoría debe seguir teniéndome por un alma en pena, por un aparecido.

—Bien, sea así, dijo el rey; porque, á la verdad, si os presentáseis de nuevo en el mundo, si dijérais: héme aquí, yo no he muerto, yo me veria obligado á matar al que hizo contra mi pa-

dre una tan gran traicion como la que vos hicisteis: bien está así: no hablemos mas de esto. En cuanto á vos, doña María, ¿por qué no os quitais vuestro antifaz, como se lo ha quitado el conde don Lope?

Zayda Fatima se quitó su antifaz.
—¡Oh! sí, vos sois, exclamó el rey; aún dudaba: ¿cómo creer en esta trasformacion? ¿Y tan hermosa como siempre! ¿Os acordais, doña María, de cuando mi madre, estando vos á su lado y siendo yo mas pequeño, me daba sobre sus rodillas leccion de latin? A mí se me hacia mas ligera la leccion cuando vos estábais delante.

—¡Oh! sí, me acuerdo de aquellas hermosas veladas en que, siendo vos mas niño, creciais al lado de vuestra buena madre. Aquellos eran unos tiempos tranquilos para la reina, para vos, para mí: en el interior del Alcázar, con la paz doméstica, nos consolábamos de las irritaciones, de las continuas contrariedades de lo exterior. Y digo que nos consolábamos, porque yo siento como mias las penas de la noble reina vuestra madre; ella lo ha sido mia, lo es aún, y yo la venero, la amo despues de Dios y sobre todo en la tierra.

—¡Oh! bien se conoce, doña María, bien se conoce, dijo el rey que no cesaba de mirar á la jóven: vuestro amor á mi madre es completamente desinteresado.

—Ella me amparó noblemente cuando no tenia adonde volver la cara, que no lo encontrase todo cerrado y oscuro. Ella ha sido para mí un ángel de misericordia, y mil vidas que tuviera las daria por ella.

—Y ella os ama, doña María, ella os ama; con mucha frecuencia os nombra y se duele de no veros.

—Sobrevino en mal hora el infante don Juan, y acabó nuestra paz: vuestro tio exigia, por razon de su próximo parentesco con vos, la guarda de vuestra persona, y la reina se vió obligada á acceder, por amor vuestro, cuando era mas breve y mas barato haber tomado por rebelde la cabeza al infante.

IV.

—Vuestra buena fé y la grandeza de vuestra alma, dijo el conde don Lope, que como vemos nada habia contestado á las acres palabras del rey, no sabemos si por humildad ó por respeto, os hacen imprudente: herir á un hombre tan poderoso, tan próximo pariente del rey como el infante don Juan, hubiera sido dar la señal del esterminio de todos los traidores; porque ¿qué razon habria para tomar la cabeza del infante don Juan, y no tomar la de todos los otros infantes y ricos hombres rebeldes, si no por lo que hacen ahora, por lo que han hecho antes? Esto no puede hacerse sino de un solo golpe y contando con una gran fuerza. Ya se lo he aconsejado yo á la reina, porque no veo salvacion posible para la patria, si no se empieza por el esterminio de todos los ambiciosos, de todos los miserables, sea cualquiera el bando á que pertenezcan. La salud de la patria ante todo; repetid, señora, el dia de Alfaro, la he dicho; convocad córtes á Valladolid; reunid en ellas á todos vuestros enemigos, que son á la par enemigos de la patria; y cuando todos estén juntos, echáos sobre ellos con vuestras lanzas; esterminadlos, poned sus cabezas en estacas en las plazas y en los caminos, que harto lo merecen, y sed una vez reina, y haced que os respeten dentro y fuera. Pero la reina tiene horror á la sangre, confia demasiado en Dios, y él quiera que cuando se acuda al remedio, no sea ya tarde. O todos ó ninguno: herir á uno solo, seria aterrar á los demás, y hacer que, olvidados por el momento de sus diferencias, acometiesen unidos, formidables, invencibles, á una reina que mataba. ¡Ah! no, no, doña María; en muchas ocasiones, la debilidad, la paciencia, el sufrimiento, son una gran fuerza. La reina, mi cuñada, se espanta al solo pensamiento de una matanza tal como la que seria necesaria para restablecer la autoridad real. Teme que la llamen tirana, además de que su gran corazon la aparta de lo horrible, y no atreviéndose á tanto, es

demasiado prudente para no provocar, con ejemplos aislados de rigor, una lucha demasiado peligrosa. Hay que admirar como corazon y como prudencia á la gran reina doña María.

—Tio don Lope, dijo el rey, que habia escuchado atentísimo al conde: tened por no dichas las palabras que antes me oísteis: hubieran convenido á un traidor hipócrita; pero acabais de convencerme con lo que me habeis dicho de vuestro sincero arrepentimiento, de vuestra conversion, y veo claramente en vos una acrisolada lealtad. No hablemos mas de esto; pero por lo que me habeis dicho, creo que mi madre sabe que aún vivís y que hablais con ella. Espero que la reina mi señora no sepa estas aventuras mias, que no volverán á repetirse. Yo os lo juro.

—Espero que así sea, dijo con cierta autoridad don Lope, porque así debe ser. Nada sabrá de esto la reina doña María; pero no conviene que acabeis de pasar la noche fuera del Alcázar, y voy á conducirlos á él.

—Será necesario dar mi nombre para que se abran las puertas de la villa, dijo el rey, y yo no quiero esto.

—Yo tengo para entrar en el Alcázar una puerta, en la cual no hay guardas, contestó don Lope.

—¿Una puerta oculta!

—Sí tal. ¿Ignorais que yo fui gran privado de vuestro padre? ¿que para mí no tenia secretos? Por esta razon conozco muchas minas que salen al campo, no solo del alcázar mayor de Valladolid, sino de otros alcázares de Castilla. De otro modo, ¿cómo pudiera haber hablado yo con la reina doña María, sino conociendo una entrada oculta del alcázar mayor?

—¿Y dónde está por el campo la entrada de esa mina? dijo el rey.

—En la ermita de Nuestra Señora del Cármen por fuera, á la parte de la ábside.

—Ahora comprendo vuestra aparicion, conde, que hemos tenido por cosa del otro mundo el infante don Juan y yo. ¿Y dónde está dentro del Alcázar la puerta de esa mina?

—En la galería de los Apóstoles.

—¿Y quién mas que vos conoce esa mina?

—La reina y doña María de Granada, que ha pasado por ella: vos la conocereis muy pronto.

—Quiero tambien conocer, y cuanto antes, esta misma noche, todas las salidas y entradas ocultas del Alcázar.

—Las conocereis, y para ello, marchemos al momento.

—Aún tengo que hacer algo aquí.

—¿Y qué es ello? permitidme que os lo pregunte.

—En este campo están mi tio el infante don Juan, doña Juana Nuñez de Lara, y además dos caballeros que se entraron riñendo en el arrabal de los Molinos, y que prendió en una mala casa doña María de Granada.

—Dejad, dejad eso para nosotros, señor, dijo Zayda Fatima. Doña Juana Nuñez y el infante don Juan se volverán mañana á Valladolid, y el infante no sabrá qué pensar cuando vuestros camareros le digan que antes de la media noche os habeis recogido en vuestra cama, y cuando se informe y sepa que durante la noche no se ha abierto ninguna puerta del muro.

—Bien, iremos, dijo el rey; pero quiero saber quiénes son esos caballeros que habeis preso, sin duda por algo.

—Esos caballeros, señor, son, el uno el infante de Aragon don Pedro.

—¿Ah! ¡el infante de Aragon! ¿Con que era cierto lo que decian de que andaba de incógnito por nuestra córte?

—Sí señor.

—¿Y quién es el otro caballero?

—Alvaro de Estúñiga, paje de la reina mi señora.

—¿Y por qué reñian el infante y el paje?

—Porque el infante se habia puesto de la otra parte del Esqueva, bajo los miradores de su señoría, á darla música.

—¿Oh! exclamó el rey: yo recompensaré al paje y castigaré al infante; quiero verle.

—No por cierto, señor, dijo Zayda Fatima; no debeis vos verle; yo le castigaré; iremos de infante á infante, él de Aragon, yo de Granada; descuidad, que don Pedro saldrá de Castilla, si sale, arrepentido de haber entrado en ella.

V.

El rey, dominado por la influencia que sin pretenderlo ejercian sobre él tanto el conde don Lope como Zayda Fatima, se levantó y dijo:

—Marchemos.

—Quedáos vos, doña María, dijo el conde; yo solo acompañaré al rey.

—Adios, doña María, adios, dijo este, y hasta que nos volvamos á ver, que deseo no sea tarde.

—Adios, señor, dijo Zayda Fatima, acompañando al rey hasta fuera de la tienda.

VI.

El conde don Lope, envuelto completamente en su hábito, calada la capucha y en paso firme y rápido, llegó hasta la poterna, seguido del rey, y á una señal del conde, la poterna se abrió; lo que demostraba que los aventureros reconocian en el conde á uno de sus capitanes, aunque fuese en hábito de monje.

Nadie acompañó al conde y al rey.

Adelantaron solos á través del oscuro campo, hácia la ermita de Nuestra Señora del Cármen.

Cuando llegaron á ella, el rey dijo:

—¿Quién vive en esta ermita?

—Dos ermitaños anacoretas, señor, contestó el conde.

—¿Y no conocen esos ermitaños esta entrada secreta?

—No señor, contestó el conde, porque los ermitaños están reclusos por una reja que impide la entrada en la ermita, y que no se abre sino cuando uno de ellos está enfermo ó muere.

—¡Santos varones! dijo el rey.

—Siempre está uno de ellos en adoracion de la santa imagen, contestó el conde, y vuestra señoría puede verlo si quiere.

—Veámoslo, dijo el rey.

Y dieron la vuelta, y se colocaron delante de la reja, y á la opaca luz de la lámpara que ardia en el interior, vieron á uno de los eremitas prosternado, echado boca abajo y en cruz delante de la Virgen, que estaba en un retablo gótico.

—¿Sabeis que es muy hermosa esta ermita? dijo el rey en voz natural, á pesar de lo que el ermitaño no hizo el mas leve movimiento.

—Dió la idea para ella vuestro abuelo el señor rey don Alfonso el Sabio, dijo el conde, y así es que tiene, aunque pequeña, ábside como las basílicas, y si hiciera luna y pasara esta por detrás de la ermita, veríais las hermosas vidrieras de colores que cierran las ventanas de la ábside.

—Nunca habia visitado esta ermita, dijo el rey; pero prometo venir á visitarla, y hacerla mercedes, y darla privilegios, y aumentar hasta una comunidad el número de los ermitaños: esto, cuando pudiere; ahora soy menor de edad y pobre, y la señora reina, mi madre, tiene harto en qué pensar, y ya por sí y por mí, ha servido á Dios haciendo grandes fundaciones piadosas.

—Aquí hay un cepillo donde se echa limosna para los ermitaños y para el culto de la Virgen.

—Huélgome de que me lo hayais dicho, dijo el rey.

Y sacando su bolsa, que no estaba muy bien provista, puso en el cepillo algunas doblas de la Banda.

En lo cual podia decirse hacia un gran sacrificio, porque la casa real estaba hasta tal punto pobre, que don Simuel, almarife ó administrador de la reina, solia decirla con mucha frecuencia:

—Háse tenido que traer de fiado esta semana la carne, el pescado, la caza y la vitualla para la mesa de vuestra señoría.

Así es, que Fernando IV, dejando seis ú ocho doblas de la Banda en el cepillo de los ermitaños de Nuestra Señora del Cármen, hacia un enorme sacrificio, puesto que se esponía á que al

dia siguiente, cuando pidiese dinero para su bolsillo particular al almojarife de su madre, don Simuel, este le dijese: no tengo ni una *meaja* ¹.

Bien es verdad, que en estos apuros, el infante don Juan, que tenia dinero fresco, acudia al socorro de su sobrino; pero por las circunstancias en que el rey se encontraba colocado desde aquella noche, no podia ni queria recurrir á su buen tio carnal.

Quedábale sin embargo su otro buen tio segundo el infante don Juan Manuel, que tambien tenia dinero fresco, porque la reina le pagaba, no para que dejase de ser desleal, que nunca lo habia sido gravemente, sino para que no lo fuese.

VII.

El rey y el conde se retiraron de la verja, y el buen ermitaño, que habia oido aquella conversacion que no se habia recatado, oró á la Virgen para que intercediese con Dios por la buena ventura del rey.

Entre tanto, habian llegado el rey y el conde á la lápida que servia de puerta en la parte exterior de la ábside de la ermita.

El conde oprimió el resorte, y la puerta se abrió con un sor-do ruido apenas perceptible, dejando ver un fondo mucho mas oscuro que la noche.

—Estremece el pensar en que un traidor puede conocer estas entradas secretas de nuestro Alcázar dijo el rey.

—Afortunadamente, señor, dijo el conde, solo la conocen dos leales, y ahora vuestra señoría.

—¿Y hay otras?

—Sí, sí señor.

—Pues vamos, conde, vamos.

¹ Moneda ínfima de cobre, cuyo valor equivalia á la quinta parte del valor de nuestro maravedí.

—Espere vuestra señoría: para atravesar la mina es necesario hacer luz, y voy á hacerla.

Se oyó á poco el golpe de un eslabon sobre una piedra, se vieron relucir algunas chispas entre lo oscuro, y al fin apareció un punto rojo.

Sintió luego el rey el acre olor del azufre, y vió su luz lívida.

A poco estaba encendido un farolillo.

El rey se volvió hácia la parte por donde habia entrado, y solo vió una gran losa de piedra ásperamente cortada.

El conde habia cerrado la puerta antes de encender la luz.

—Descendamos, dijo el conde; voy delante para alumbrar á vuestra señoría.

Y empezó á bajar por un estrechísimo caracol de piedra.

VIII.

—Esta mina, dijo el conde, es solo para hombres; pero las hay por la cual puede marchar un hombre de armas con la lanza al hombro, llevando su caballo del diestro.

—¿Y hácia dónde caen minas como esa? dijo el rey.

—Esa mina, por la que puede entrar y salir gente de armas, nace en los sótanos del segundo patio del alcázar mayor, donde están las paneras y las bodegas, y va á dar á la huerta de San Benito el Viejo, que está diametralmente opuesto.

—¿Es decir, que se atraviesa por bajo de Valladolid?

—Exactamente, señor.

—Y decidme, conde: ¿es muy honda esta escalera?

—Aún tenemos que bajar otros dos tantos.

—¿Ah! pues llevo contados ya sesenta escalones.

—Cabalmente, señor; la escalera tiene doscientos.

—¿Y á qué tanta profundidad?

—Hay que pasar por debajo del Esgueva, y se ha querido

sin duda evitar la influencia del agua sobre la bóveda de la mina.

—¿Sabeis que á cada momento se huele peor?

—Es natural, dijo el conde: hay una gran humedad, y falta ventilacion.

—Debe de haber aquí reptiles.

—Los habia, señor, pero los hemos ahuyentado doña María y yo: todo esto estaba lleno de telas de araña; pero las pusimos fuego, dejando abierta la puerta de la mina por la parte de la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y aconteció que los arañones y los lagartos y las culebras huyeron, entrándose muchos de estos animales en la ermita, y los ermitaños, por esto y por el humo acre y nauseabundo que envolvió durante algunas horas á la ermita, me dijeron al dia siguiente que el demonio habia ido á visitarlos y á tentarlos la noche anterior.

—¿Y qué otra cosa habian de creer esos buenos y sencillos varones? dijo el rey.

—En efecto, señor: eso debió ocurrírseles al verse envueltos por aquel humo infecto y asaltados por culebras, sapos y arañas, que de todo esto tenia gran poblacion la mina; como que desde que se labró no se habia usado.

—Aún debe de quedar algo de esas alimañas.

—Indudablemente, señor, aún quedan algunas cáncanas que se mecen sobre sus largas patas cuando ven la luz, y alguna culebra que de la luz huye; por lo demás, la mina está limpia, y vea vuestra señoría que entramos en ella.

IX.

Esta mina era como de una vara de ancho y dos y media de alta, fabricada con gruesos ladrillos y pavimentada de piedra tosca.

Esta mina estaba revestida de salitre petrificado.

—¿Es muy larga? preguntó el rey.

—No, no señor, porque va en línea recta.

—Pues marchemos deprisa, dijo el rey.

Diez minutos despues, llegaron al pié de la otra escalera, y pasados otros diez minutos, á lo alto de ella, junto á una puerta secreta.

—Hemos llegado, señor, dijo el conde: en abriendo esa puerta, pasaremos á la galería de los Apóstoles; por lo mismo, voy á apagar la luz, á entreabrir la puerta, y á ver si en la galería hay gente.

Hechas estas dos cosas, el conde dijo:

—La galería está de todo punto abandonada: podeis pasar sin inconveniente, señor.

El conde y el rey entraron en la galería de los Apóstoles, y la puerta secreta se cerró.